

Los ilustrados y su visión de América

Angelina MARTÍN DEL CAMPO
Universidad Nacional Autónoma de México

Me corresponde en esta ocasión determinar el lugar que ocupó América en las preocupaciones de la Ilustración, corriente intelectual en general entusiasta y a veces escéptica, que creía que la propagación de las luces del entendimiento liberarían al hombre de todas sus servidumbres.

Voy a circunscribir mis ejemplos a famosos literatos franceses, ellos son: Montesquieu, Marivaux, Prévost, Voltaire, Diderot, Rousseau, Buffon y Raynal. Algunos de ellos no se ocuparon directamente de América, pero sí se plantearon el problema de la otredad.

En el centro de la Ilustración destaca el viejo debate respecto al conocimiento, agudizado desde la confrontación medieval entre Abelardo y san Bernardo: ¿es más adecuada la vía de la razón, o bien basta con seguir el dogma de la fe? No es mi intención poner en la balanza razón de un lado y fe o sentimiento del otro, sino matizar y poner en un platillo a la libertad intelectual y al dogmatismo en el otro.

Es el renacimiento intelectual del siglo XII el que empieza a colocar los cimientos de lo que se va a convertir poco a poco en la razón de Occidente, que desgraciadamente se ha desvirtuado para volverse un ídolo: se trata del síndrome de racionalidad; es “la vagoneta racional [que lleva] por el carril equivocado”, como diría Savater.¹

En el siglo XVI, Bacon, entusiasmado con las posibilidades que le ofrecía el uso de la razón, confía en que ésta servirá de guía al hombre para que así domine a la naturaleza y la ponga a su servicio. Para los humanistas, que luchan por todo lo que rescate la dignidad del hombre, hacer uso de la libertad intelectual era fundamental.²

Si bien en el siglo XVII Pascal reivindica las razones del corazón y marca la diferencia entre el espíritu de geometría y el espíritu de finura, es el modelo

¹ Fernando SAVATER, *La tarea del héroe (elementos para una ética trágica)*. Madrid, Taurus, 1983, p. 132.

² En ese sentido, las ideas de Erasmo sobre el libre arbitrio dejaron profunda huella.

cartesiano el que parece regir la recuperación social después de las guerras civiles. El cartesianismo se convirtió entonces en un modelo de perfección clásica ligado al absolutismo de Luis XIV. Pero cualquier absolutismo atenta contra la dignidad del hombre, por lo que para salvaguardarla hay que romper con todo tipo de tutelas, y como sugería Kant: salir de la infancia haciendo uso de la propia razón.³ Por eso, al morir el rey Sol en 1715, parece soplar una ráfaga de libertad y en Francia se inicia de hecho el Siglo de las Luces, y la pujante burguesía en ascenso y ciertos nobles de pensamiento libertino deciden tomar las riendas de su vida y pensar y actuar por sí mismos. De este modo pueden replantearse las viejas preguntas respecto al hombre, matizadas desde las nuevas perspectivas que ofrecían los acontecimientos.

Francia es entonces la guía intelectual y moral de Europa, a pesar de la anglomanía de los franceses. No obstante, los representantes del pensamiento progresista —en este caso, los que estaban ligados al desarrollo económico favorable para la difusión de nuevos enfoques—, apenas formaban una élite cosmopolita, una de cuyas ambiciones era lograr la unidad espiritual de Europa y, en consecuencia, una expansión de la civilización europea al explotar su modelo de vida. De hecho, los diferentes estados tenían un desarrollo desigual, y las transformaciones sociales ocasionadas por las revoluciones financiera, industrial y agrícola, en parte, propiciaron profundas oposiciones. Destaca particularmente la prolongada rivalidad entre Francia e Inglaterra por asuntos coloniales, a pesar de alianzas hechas y deshechas pero siempre guiadas por el ánimo de sacar el mayor provecho. Por otro lado, continúa la creciente decadencia de España y empiezan a surgir nuevas potencias como Prusia.

Francia, persuadida desde hacía mucho de que representaba la nación más apta para suplantar al imperio español, se enfrentaba a las guerras y su secuela de derrotas, a los disturbios internos y todo lo que reforzaba las posiciones críticas de los intelectuales y de los que aspiraban a compartir el poder y estaban seguros de que era urgente hacer las cosas racionalmente. Trataban, pues, de demostrar esa necesidad apoyándose en el desarrollo de nuevos inventos, técnicas industriales y los continuos descubrimientos. Las potencias, por su parte, preveían la adquisición de nuevos territorios, y continuaron sus exploraciones para completar el conocimiento del mundo,⁴ lo que representaba para los europeos la posibilidad de “acrecentar la humanidad”, es decir, occidentalizar a todos los pueblos.

³ Emmanuel KANT, *Filosofía de la historia*. México, FCE, 1978, p. 25.

⁴ Exploraciones ya organizadas científicamente, como la famosa de *Condamine* a Perú en 1735, que sirvió para medir el arco meridiano.

Múltiples noticias aportadas por los libros de viajes⁵ acerca de seres que vivían en otras épocas de la civilización, y a los que denominaron salvajes, fueron enriqueciendo los estudios etnográficos y complementando su visión de la humanidad. Las historias generales también atraían al lector ilustrado. Un ejemplo significativo es la *Historia de las dos Indias* de Raynal, especie de enciclopedia de la colonización que ofrecía la historia de todas las colonias europeas.

Iban finalmente a poder compararse los diferentes especímenes de la raza humana. Lo europeo se confrontaría con otras naciones en todos los niveles: en el de la relación del hombre con la naturaleza, en el de la relación del hombre con el hombre, y en el de sus respectivas interpretaciones del mundo. El europeo en general tendría la oportunidad de verse en el espejo del otro, el de las colonias que, según se juzgue, fue sometido, civilizado o evangelizado por Europa.

Es el desarrollo colonial, por lo tanto, el que permitió el contacto de Francia con países lejanos, y cada uno de éstos pasaría al primer plano de la actualidad en el momento oportuno, según variaran los acontecimientos. Se pone de moda el exotismo,⁶ por ejemplo el disfraz oriental se vuelve una constante en las clases pudientes hacia la mitad del siglo.⁷ Después surge el indianismo; a veces hay oleadas de peruanismo; posteriormente huronismo, iroquismo, etcétera. Pero en ese panorama, América es sólo parte de las preocupaciones de Francia, que más bien la considera desde el punto de vista de los establecimientos que tenía o podía tener allí.

El horizonte que nos muestran éstos en América, en el siglo XVIII, es el siguiente: Francia está presente en el norte con vastas colonias, muy despobladas junto a las colonias inglesas. Además, en las Antillas posee las mejores islas, colonias modelo para la producción de artículos como la caña de azúcar; pero también Inglaterra, Holanda y España tienen un pie en la región. En gran parte del continente se encuentra el moribundo imperio español y en el sur Portugal. En Paraguay, la disidencia jesuita tiene una colonia militarizada.

En cuanto a los textos cuyos títulos aluden directamente a América, señalo, entre otros: *Les mil et une heures, contes péruviens*; *Lettres d'un sauvage*

⁵ Por ejemplo, los de Tavernier, *Nouvelle relation de l'intérieur du sérail du grand seigneur* o *Six voyages de Jean Baptiste... en Turquie, en Perse et aux Indes*; Bernier, *Voyages*; o Chardin, *Journal du voyage du chevalier Chardin en Perse*, etcétera, muy leídos en el siglo XVIII y que fueron reeditados varias veces.

⁶ Pues en general no había el deseo de acercarse y entender seriamente la diferencia con los habitantes de otras comarcas.

⁷ ¿Reflejo del paulatino desmoronamiento del poderío otomano?

*dépayé à son correspondant en Amérique; Lettre d'une péruvienne; L'homme sauvage; Les incas, y L'espion américain en Europe.*⁸

Algunos de estos títulos evocan uno de los textos más famosos del siglo XVIII: *Las cartas de Montesquieu*, por lo que es fácil plantearse la hipótesis de una sustitución de corresponsales: en lugar de persas, se podía poner cualquier otra etnia y rodearla de su exotismo particular; en todos esos libros se incluían nobles o representantes del “buen salvaje” que llegaban a Francia para criticar las creencias tradicionales; el resultado sería similar, sólo dependiendo de cuáles extranjeros estuvieran en el primer plano de la actualidad, pues de lo que se trataba era de considerar a la sociedad francesa desde el exterior como si fuera la primera vez... Anoto, de paso, que la otredad en Montesquieu es considerada desde la perspectiva relativista de los diferentes gobiernos moldeados por el clima.⁹

Marivaux, a su modo, explota la moda del exotismo para criticar desde un punto de vista exterior; una de sus obras se titula *La nueva colonia*, y trata de una colonia de puras mujeres; otra se llama *La isla de los esclavos*, donde se invierten los papeles y los esclavos se vuelven amos; tiene además un relato llamado *El viajero en el Nuevo Mundo*,¹⁰ donde se habla del mismo mundo pero visto de otra manera. En algunas de estas obras, los protagonistas no son salvajes, pero en ocasiones se parecen a ellos y su comportamiento es similar: seres en estado casi natural, sanos y robustos, ágiles e instintivos, que sirven de contraste y atraen mucho a los demás personajes acostumbrados a vivir en el artificio.¹¹

Obra casi contemporánea a la de Montesquieu y a la de Marivaux es la del abate Prévost, autor, además de la famosa novela de Manón, de múltiples historias de viajes;¹² en esos libros, uno de los elementos sobresalientes de las aventuras son los naufragios, algunos en las costas de América; pero los habi-

⁸ Gueullette, *Les mil et une heures, contes péruviens*, 1733; anónimo, *Lettres d'un sauvage dépayé à son correspondant en Amérique*, 1746; Madame de Graigny, *Lettres d'une péruvienne*, 1747; anónimo, *L'espion américain en Europe*, 1746; Mercier, *L'homme sauvage*, 1767; Marmontel, *Les incas*, 1773; apud *Dictionnaire des Lettres françaises Le Dix huitième siècle*. París, Librairie Arthème Fayard, 1960.

⁹ Véase el prólogo de Montesquieu, *L'esprit des lois* I (París, Garnier-Flammarion, 1979, pp. 115-117), donde expone la idea de que las leyes no pueden ser universales y cada pueblo tendrá el gobierno que corresponda a su naturaleza y clima.

¹⁰ Véase Marivaux, *Romans, suivis de récits, contes et nouvelles*. París, Gallimard, 1949.

¹¹ A Marivaux lo que le interesa es darse el placer de quitar las máscaras para ver con claridad.

¹² Probablemente se leen poco, salvo la *Historia de Cleveland*, cuyo protagonista es un hijo de Cromwell.

tantes de esos lugares, en general, pasan a segundo plano o bien son indígenas ya europeizados; lo mismo sucede con la desolada Luisiana donde muere Manón. La obra de Prévost ofrece más bien el testimonio de ciertas costumbres francesas de la época, por ejemplo: los cargamentos de reos y de niños huérfanos hacia las colonias americanas, etcétera, pero no da cabida a la reflexión sobre las diferencias entre seres humanos de diferentes latitudes. Esto puede explicarse, en parte, porque para los intelectuales franceses del XVIII era obvio que el otro, o los otros, formaban parte de su misma humanidad y se insertaban en el mero marco de la misma naturaleza. Así, Buffon pretenderá abarcar la naturaleza entera en su *Historia natural*, uno de cuyos volúmenes corresponde a la *Historia natural del hombre*,¹³ donde a partir de la sistematización de todas las noticias que pudo recabar, inicia de hecho una perspectiva antropológica; estudia al hombre como especie, con todas sus variedades raciales. Considera que las etnias exóticas difieren por el clima, la nutrición, la manera de vivir; y al clima, por ejemplo, se le puede achacar la fealdad y lentitud de algunos pueblos. América le plantea problemas para el desarrollo de la tesis del color de los indígenas, que deberían ser negros; lanza entonces la hipótesis de que la orografía diferente en una misma latitud provoca cambios en el aspecto de los hombres.

A pesar de que estudia a los otros como si fueran objetos, siempre subraya que la humanidad es una y se distingue de la animalidad por el uso de la razón. El pensamiento es la finalidad del hombre, dice, y es lo que le proporciona felicidad.

Rousseau, por su parte, sólo explota el mito del “buen salvaje”, bueno porque, naturalmente, le sirve en su intransigente lucha contra las imposturas de la vida social de los pretendidos civilizados.

En su novela *La nueva Eloísa* se alude a un viaje alrededor del mundo de su protagonista con el capitán inglés Anson,¹⁴ por lo que se puede deducir que recorrió las costas del Pacífico sur en búsqueda de la isla Juan Fernández. Pero en esa obra no interesa hablar de los habitantes de regiones alejadas, con los de París es suficiente para hacer el contraste con los buenos suizos... A veces Rousseau se ocupó de los no europeos, pero casi siempre de los que vivían en una zona que no pasara más allá de los límites del Atlántico, por ejemplo, en la “Segunda carta” de Emilio, los “barbarescos” son más humanos que los euro-

¹³ Véase Buffon, *Del hombre, escritos antropológicos*. Introd. y trad. de Angelina MARTÍN DEL CAMPO. México, FCE, 1986.

¹⁴ Juan Jacobo ROUSSEAU, “Segunda parte, carta XXV”, en *La Nouvelle Héloïse*. París, Garnier Freres, 1960, pp. 375-376.

peos.¹⁵ Pero Rousseau, cuando no habla directamente de él, cae en la misma concepción abstracta de ser humano que sus contemporáneos.

Voltaire es tal vez el que entre los letrados nos ofrece los ejemplos más relevantes de lo que los franceses pensaban de América, a pesar de que sus referencias sean puramente librescas. En el *Ensayo sobre las costumbres* parece desolarse por el atroz tratamiento dado a las poblaciones de Perú y de México después de la Conquista; también se condeue de la suerte de los esclavos negros enviados a América.

Creador del cuento filosófico, variante literaria en su lucha contra los abusos, prejuicios, lo absurdo del comportamiento humano, etcétera, desarrolla allí lo que aparece en sus obras, pero ahora con un estilo cómico inigualable. La anécdota muchas veces tiene como marco los viajes; pero no se trata sólo del europeo en viaje por comarcas lejanas, sino también del viaje de los habitantes de esos lugares, o bien de viajeros que vienen de más lejos, por ejemplo, de otros planetas. Todos consideran a Europa desde sus propios parámetros, que resultan ser ¡los del mismo Voltaire!, es decir, la presentación de un mundo absurdo que no obstante ayuda a clarificar cuál es la verdad del hombre. Pero da la impresión de que en gran parte de esas ficciones no se sale de París, y sólo se adapta el toque exótico a las situaciones francesas; digamos, *Babouc*, *Memnon*, *Zadig* ofrecen únicamente un oriente superficial, que se había vulgarizado a partir de la traducción de Galland de *Las mil y una noches*.¹⁶ Sin embargo, Voltaire logra a veces hacer presente la atmósfera exótica a través de detalles curiosos, particularidades étnicas, costumbres, comida, etcétera. Si en ocasiones parece burlarse de los indígenas de otras regiones, con la misma estrategia de los ilustrados también los defiende en otras, como cuando proclama que es muy del gusto de los hotentotes tener una particularidad física que asombraba a toda Europa.¹⁷

A continuación doy ejemplos concretos de su obra literaria: en la *Historia de Jenni* —ataque al ateísmo—, los personajes deambulan por las posesiones inglesas de América; en sus múltiples aventuras encuentran caníbales, luego a un buen salvaje llamado Parouba que les confiesa su credo: es deísta como Voltaire y su deidad se llama Penn.

En *El ingenuo* se alude al norte de América, puesto que el personaje central es un hurón de Canadá. Cuando lo encuentran, unos franceses hacen el comen-

¹⁵ J. J. ROUSSEAU, "Emile et Sophie ou les solitaires", en *Oeuvres complètes*, tomo IV. París, Gallimard, 1960, p. 918.

¹⁶ Véase Jorge Luis BORGES, "Los traductores de las *Mil y una noches*", en *Historia de la eternidad*. Buenos Aires, Emecé, 1958.

¹⁷ Se trata de la ablación deliberada de un testículo. Véase Buffon, *op. cit.*

tario de que sus parientes perdidos en América probablemente fueron comidos por los iroqueses, luego se asombran de ver a un hurón tan bien educado y tan razonable. Éste les cuenta su vida en Huronia y les dice que allá tenía una novia llamada Abacaba y que mató a un algoquín que la cortejaba. Luego sus huéspedes empiezan a preguntarle cómo se dicen varias palabras francesas en hurón. Según nota del propio Voltaire, utiliza palabras verdaderamente huronas, como *trovander* que quiere decir “amor”.¹⁸ Después, sus huéspedes se dan cuenta de que no tiene barba, descubren que es un falso hurón que resulta ser su pariente.

En *Cándido* hay más referencias a América, aunque ésta sólo sea parte de la variedad de episodios en un viaje que parte de Westphalia a América y de ésta a Constantinopla.

Aunque Cándido no va a América del norte hace alusión a las posesiones francesas de Canadá. Los episodios americanos se desarrollan en gran parte en las colonias de España y son más bien pretexto para burlarse de todo lo que huele a español, por ejemplo, el ridículo nombre del gobernador de Buenos Aires, el del lindo bigotito, don Fernando de Ibarra y Figueroa y Mascarones, y Lampurdos y Souza, y etcétera. También hace críticas a otras colonias como en el pasaje de Surinam; allí ejemplifica el atroz código negro de las Antillas.

Voltaire creía que, para oídos franceses, con las sonoridades de los nombres que ponía a sus personajes exóticos bastaba para que se captara su esencia: pone el nombre de Cacambo a un razonable y fiel criado mestizo nacido en Tucumán y que habla peruano.

Un episodio burlesco se sitúa en la colonia paraguaya de los jesuitas. En el siguiente episodio (capítulo XVI) aparece un velado eco de Buffon cuando se refería a esos “cuarto de hombre”; se trata del pasaje en el que Cándido y su fiel Cacambo matan a unos monos que resultan ser los amantes de las muchachas a las que perseguían mordiéndoles las nalgas. Después encuentran a los salvajes orejones (¿parodia de patagones?), quienes, por más salvajes que fueran, pues además son caníbales, al escuchar las exhortaciones de Cacambo de que no se lo coman a él y a su amo, pues no eran jesuitas —se decía que los orejones encontraban su carne exquisita porque los jesuitas eran los únicos que salaban sus alimentos en esa región—, consideran que la explicación de Cacambo es muy razonable y le hacen caso. En los siguientes capítulos se sitúa el episodio central de El Dorado, país utópico que permite imprecisiones geográficas y en el que parecen encontrarse democratizadas ciertas costumbres francesas, por ejemplo, allí sí se puede abrazar y besar al rey en ambas mejillas. En ese paraíso todo está bien; pero Cándido se aburre, además le falta su

¹⁸ Voltaire, *Romans et contes*. París, Garnier Freres, 1960, p. 225.

novia; deciden, pues, regresar a Europa cargados con los tesoros de El Dorado. Ya antes, en el transcurso de una de sus terribles aventuras, el “razonable” Cacambo le había dicho a su amo: “Vea usted, este hemisferio no vale más que el otro, créame, regresemos a Europa lo más pronto posible”, declaración que, parecería, está suscrita en uno de los ataques pesimistas de Voltaire, quien, sin embargo, lleva a sus protagonistas a finalizar su viaje en un jardín de Turquía.

Tanta alusión a lo razonable, según la óptica europea, nos ilustra acerca de su obsesión, pero parece contradecir objetivamente lo que se sabe acerca de las categorías básicas de las culturas prehispánicas.¹⁹

Desgraciadamente, Voltaire, que tanto luchó contra los prejuicios, a veces se hace eco de ellos, aunque sea en son de burla. Por ejemplo, Pangloss, el maestro optimista, está tuerto debido al llamado “mal de América”.

Diderot, cuyas líneas de fuerza son los viajes de la mente por absolutamente todas las regiones sin censura alguna, parece ser uno de los pocos en que la objetividad, a pesar de su conocido entusiasmo, le impide caer en puntos de vista despreciativos o burlones respecto a otras costumbres; véase, si no, la serenidad con la que habla de los judíos de Holanda. Y en los casos en los que llega aludir a los habitantes de América —por ejemplo, en varias colaboraciones a la *Historia de las dos Indias*—, lo hace como estrategia para llevar agua a su molino y criticar la colonización o las instituciones europeas, incluso haciendo cambiar de tono al libro cuyo propósito era ser un manual del buen colonizador y que, gracias a él, pasa a ser una crítica de la colonización. En realidad, se ocupa poco del americano; pero cuando nombra a los indígenas de otros continentes, el lector puede sustituir unos por otros, como cuando quiere ponerse en la piel de los hotentotes y les hace una exhortación patética.²⁰ Destaco la actitud de Diderot, quien quiso practicar el juego de las diferencias luchando porque se respetaran; tal vez sea el único en el siglo que pone un acento de simpatía real por el otro, y en esto se parecería a Montaigne.²¹

Pero un ejemplo no literario resume tal vez la visión del público ilustrado del XVIII. Se trata de la ópera de Rameau: *Las indias galantes*, en la que aparecen sucesivamente el turco generoso, el perverso inca, los persas inofensivos y los salvajes enamorados; al final, todos se reconcilian y fuman la pipa de la

¹⁹ Véase Elsa Cecilia FROST, *Las categorías de la cultura mexicana*. México, UNAM, 1972.

²⁰ Elizabeth de FONTENAY, “Huyan, infelices hotentotes”, en *Diderot o el materialismo encantado*. Trad. de Angelina MARTÍN DEL CAMPO. México, FCE, 1988, pp. 122-134.

²¹ Cuando alude a la linda canción de la culebra: “Detente culebra, detente, a fin de que mi hermana copie de tus hermosos colores el modelo de un rico cordón que yo pueda ofrecer a mi amada...” Véase Montaigne, “Los caníbales”, libro 1, capítulo XXX, en *Ensayos escogidos*. Selecc. y pról. de Angelina MARTÍN DEL CAMPO. México, Trillas, 1987.

paz. Esto parece coincidir con la visión de los que creen que América es sólo un territorio folclórico que ofrece las oleadas de exotismo requeridas por los europeos, de tiempo en tiempo, para desaburrirse. En resumen, se vislumbra un racismo inconsciente y la incomprensión de las culturas que los ilustrados aparentemente alababan.²²

Ellos, excelentes intérpretes de la clase en ascenso, que expresan al mismo tiempo las aspiraciones liberales de cierta aristocracia, son, por un lado, enemigos de la colonización porque causa guerras; también están en contra de la emigración, porque debilita al colono, pero, en flagrante contradicción con su humanitarismo, son partidarios de tener colonias de plantaciones, por lo que admiten la esclavitud y la expulsión de las razas indígenas.

Si los naturalistas abrían el paso para futuros establecimientos, los que decidían viajar eran más bien comerciantes, por lo que se consideraban más importantes los productos que los habitantes. El humanismo toma, pues, fin ante el apetito de ganancia. Por eso, los indígenas contra los europeos, en general, y a los que llegaban a explotarlos, los consideraron como verdaderos “salvajés”. Los únicos europeos que habían tenido la idea de llevar a los indígenas una concepción amable del mundo fueron los misioneros, pero a la cruz siempre le abrió el paso la espada.

En el siglo XVIII en el Nuevo Mundo ya se habían constituido comunidades europeas con una civilización común a la del otro lado del Atlántico, las que poco a poco empezaron a tomar conciencia de sus costumbres diferentes y de sus propios intereses, y gracias a las enseñanzas de los ilustrados empezaron a reforzar sus tendencias hacia la emancipación. Por eso, para muchos habitantes de América sí fue más importante el otro, el francés del siglo XVIII que le había enseñado a liberarse; ya sólo quedaba poner en práctica y adaptar a su propia circunstancia esa posibilidad.

²² En un entusiasmo convencional que continúa hoy en día, pero que deliberadamente ignora la realidad del otro.